

La invitación de Dios al banquete del Reino y el rechazo del hombre

Homilía 11-10-2020

Mt 22,1-14

p. Giuseppe Papparone op

En aquel tiempo, Jesús volvió a hablar con parábolas [a los jefes de los sacerdotes y a los fariseos] y dijo: «El reino de los cielos es como un rey, que hizo una fiesta de bodas para su hijo. Envío a sus sirvientes a llamar a los invitados de la boda, pero no quisieron asistir. Envío a otros sirvientes de nuevo con esta orden: “Diga a los invitados: He aquí que he preparado mi cena; mis bueyes y animales cebados ya están muertos y todo está listo; ¡venid a la boda!” Pero no les importaba, y unos iban a su propio campo, otros iban a sus propios asuntos; otros entonces tomaban a sus sirvientes, los insultaban y los mataban. Entonces el rey se indignó: envió sus tropas, hizo matar a esos asesinos e incendió su ciudad. Entonces dijo a sus sirvientes: “El banquete de bodas está listo, pero los invitados no son dignos; id ahora al cruce de las calles, y a todo al que encuentren, llámenlo a la boda.”. Y cuando salieron a la calle, los sirvientes reunieron a todos lo que encontraron, buenos y malos, y la sala de bodas se llenó de invitados.

El texto del Evangelio de hoy es particularmente significativo en muchos sentidos, porque si lo releemos cuidadosamente, nos revela el misterio de **nuestra insipiencia**. Sí, queridos amigos, quiero repetirlo: el texto de hoy, si lo releemos con cuidado, nos revela a cada uno de nosotros lo tontos que somos.

¿Por qué el Padre Giuseppe dice estas cosas?
No soy yo quien los afirma, es la Liturgia de la Palabra.

Piensa en lo que nos dice la primera lectura: *El Señor de los ejércitos preparará en esta montaña un banquete de alimentos grasos, un banquete de excelentes productos, de alimentos suculentos, de vinos refinados.*

Una hermosa descripción resumida de lo que es una de las experiencias más bellas de nuestra vida mundana, de nuestra vida familiar, social: tener un gran banquete; una de las experiencias más significativas de nuestra vida común. ¿Qué es, de hecho, más hermoso que preparar un banquete?

Cuanto más dinero tienes, entonces, más banquetes extravagantes haces; piensa, por ejemplo, en las parejas que ahora vienen a casarse en Italia, que alquilan lugares prestigiosos, buscando las cosas más deliciosas de este mundo.

¿Por qué? No lo sabemos; hay una relación obviamente atávica con la pobreza que caracteriza nuestra existencia como criaturas, que entran en este mundo a merced de todo y de todos, necesitados de todo; por otra parte, hay esta abundancia, esta plenitud, este gozo, este disfrute.

¡No podía darse una imagen más hermosa para describir lo que Dios quiere hacer por nosotros!

Dejémosnos seducir hoy por esta sugerencia del profeta Isaías: **el plan de Dios, el reino de Dios, puede compararse con estas imágenes de un lugar finalmente rico en toda la bondad de Dios;** comida suculenta, vinos refinados, en un lugar agradable: piense en una hermosa colina en la costa *Esmeralda*, en la costa *Amalfitana*, en una hermosa villa donde se puede ver el mar, los farallones, el agua verde...

Estas cosas son la realidad. No es un cuento de hadas.

En este lugar tan agradable, el Señor no sólo nos ofrecerá este banquete, sino que eliminará la muerte, la enfermedad, el trabajo, la indigencia, la tristeza, eliminará todo lo que nos falta para estar en paz y alegría las veinticuatro horas del día.

Dios enjugará todas las lágrimas, saciará todos nuestros deseos; alguien podría decir: “Está bien, pero ¿cómo es que no se ha hecho realidad todavía?”.

¡Aquí cae el burro! (expresión italiana para decir que tropezamos nuevamente) Porque todo esto sólo puede hacerse realidad a nivel personal.

La relación con Dios es una relación individual, Dios sacia de amor a quien vive del amor de Dios. Dios sacia de bienes a quien ha puesto su propio bien en Dios, Dios llena el corazón de paz y alegría a quien ha hecho de Dios su propio refugio.

No debemos esperar un tiempo en que la sociedad sea así, porque mientras haya tontos, villanos, ignorantes, egoístas, todo esto nunca será posible en la sociedad.

Un pequeño ejemplo que todos estamos experimentando: en una de las noticias de anoche vi al reportero que entrevistó a la gente sobre la obligación de llevar máscaras en situaciones de “Festejos”. Habló con cuatro o cinco jóvenes que no tenían la máscara, a los que les dijo: “¿pero no saben que la máscara es obligatoria?”.

Dijeron: “¡Ah! Sí, pero tengo la máscara, está en mi bolsillo.”.

Una respuesta que dieron con una sonrisa “tonta”.

¿Entienden?

Un chico de treinta y tantos años, que también tendrá un poco de cultura, respondió así, con esa sonrisa tonta, un término justo para describir la *hebetudo mentis* (torpeza mental).

No quiero ofender a ninguno de ustedes que estuvieran en esta misma situación, pero, **¿qué nos cuesta llevar puesta esta bendita máscara cuando salimos a la calle?**

¿Es tan necesario poner en riesgo nuestra salud y la de los demás para que no usemos la máscara o la llevemos debajo de la barbilla o justo sobre la boca?

Y, sin embargo, así es como creen de ser hombres fuertes; en las noticias muchos de estos jóvenes entrevistados, todos convencidos de ser invencibles, que hacen caso omiso de las reglas; en Milán, Capri, Nápoles, Palermo...

Luego están también los otros “tontos”: los de gran prestigio, los influyentes, o *influencers* como los conocemos hoy, que contestan lo que dicen los científicos, es decir que es necesario usar máscaras.

Bastaría con caminar con la máscara durante un año, dicen los científicos, hasta que se encuentre la vacuna y en un año estaríamos todos bien.

En cambio, la respuesta es no. ¡No! Tenemos que sentirnos sagaces, inteligentes.

Anoche me pregunté **por qué hay esta necesidad de transgresión.**

De ello estamos hablando.

Incluso en algo tan mínimo como esto, ¿cómo es que hay una necesidad de transgredir?, ¿cómo es que percibimos esta regla como un aguijón y a menudo oímos a gente que se cree científica decir: “¡ah, queremos ser libres!”?

Queridos amigos, este es un ejemplo trivial, pero miren cómo han aumentado los contagios.

En cualquier caso, independientemente, si nos dicen que si todos llevamos la máscara cuando conocemos gente, el virus ya no se transmite, hagámoslo.

Por lo que sabemos hoy en día, esta es una regla importante para reducir el contagio, a menos que haya otros vehículos... pero eso no se sabe.

Bueno, hay una posibilidad positiva y una respuesta negativa.

El Señor quiere darnos su reino y nosotros no queremos recibirlo, el Evangelio nos dice esto: *El reino de los cielos se parece a un rey que hizo un banquete de bodas para su hijo; envió a sus siervos a llamar a los invitados a la boda, pero ellos no quisieron asistir.*

¿Entienden la conexión?

Durante unos domingos he intentado que comprendan **la conexión entre el reino de Dios y el comportamiento personal.**

El reino de Dios se parece a un rey que invita y los invitados dicen: no, ahora no tengo tiempo; no, tengo que hacer otras cosas...

¿No es eso lo que nos pasa a cada uno de nosotros?

¿Cuándo continuamente posponemos la recepción completa, absoluta, total, definitiva e irreversible de la Palabra de Dios?

En el libro del Deuteronomio, antes de que pudiera entrar en la tierra prometida, Moisés primero y luego su siervo Josué convocaron al pueblo y les dijeron: “Hoy deben elegir a quién quieren servir: o al Dios de nuestros padres, que nos liberó de Egipto, o a los dioses que habitan más allá del río. Escoge al Dios de tus padres y vivirás.”

La eliminación del mal sólo puede tener lugar cuando los individuos rechazan personalmente el mal.

Piensen en el hermoso testimonio que nos dejó Liliana Segre, deportada por los nazis, cuando dijo: “Yo tenía el arma allí, podría haberla tomado y matar a mi torturador, pero elegí no hacerlo”. Desde ese momento se convirtió en una persona libre.

La vida es una continua elección entre el bien y el mal, pero no en la elección de las grandes ocasiones, que raramente ocurren durante la vida, sino en la elección diaria.

La invitación de Dios al banquete del Reino y el rechazo del hombre

Homilía 11-10-2020

Mt 22,1-14

p. Giuseppe Papparone op

A veces me maravillo de oír en Confesión a gente adinerada que se divierte haciendo pequeños robos en los supermercados.

El mal siempre tiene su seducción: “Hice trampa”, cometí esta transgresión y salí victorioso, pero ¡qué listo soy! ¡Qué inteligente soy!

El corazón del hombre es así.

El rey nos invita a participar en este succulento banquete: es decir, **Dios nos da a cada uno de nosotros la posibilidad de vivir una vida plena, y nosotros en muchas pequeñas elecciones preferimos otras soluciones; así retrasamos nuestra salvación, retrasamos nuestra felicidad, no completamos la obra de nuestro bien.**

Pidamos hoy al Señor de confiar ciegamente en Dios, como dice San Pablo en la segunda lectura: *estoy acostumbrado al bien y al mal, a la saciedad y a la miseria, todo lo puedo en aquel que me da fuerzas.*

Confiemos en Jesús, confiemos en esta *Palabra*, dejémonos seducir por ella e intentemos cada día hacer elecciones concretas que fortalezcan el bien en nuestras vidas.

Alabado sea Jesucristo.